

Beverly LaHaye



Cómo desarrollar
el temperamento
de su hijo

Nivel

www.EditorialNivelUno.com

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, FL 33331
www.editorialniveluno.com

©2017 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-26-5

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Publicado originalmente en inglés bajo el título:
How to Develop Your Child's Temperament
Copyright © 1977 Harvest House Publishers
Published by Harvest House Publishers
Eugene, Oregon, 97402, U.S.A.
www.harvesthousepublishers.com

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® ©1999 por Bíblica, Inc.®. Usada con permiso.

Printed in the United States of America
Impreso en Estados Unidos de América

17 18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Dedicatoria



Nunca dudé en cuanto a quiénes merecían la dedicatoria de este libro:

Linda, Larry, Lee y Lori.

Durante veintinueve años nuestros hijos nos han enseñado. Doy gracias a Dios por los temperamentos que Él escogió para cada uno de ellos y que, como padres, nos permitiera desempeñar un papel importante en el desarrollo de sus vidas.

Reconocimientos



Escribí este manuscrito mientras viajaba con mi esposo y participaba en los Seminarios para la Vida Familiar, en cuarenta y seis países del mundo. Agradezco enormemente la ayuda de mi hermana Barrie Lyons, que recibía cada uno de los capítulos por correo y se responsabilizó tanto de redactarlos como de pulirlos hasta que el manuscrito quedó listo para la publicación. También debo agradecer a Linda English, encargada de transcribir una y otra vez el original, hasta completar el proyecto. Mis dos hijas casadas, Linda y Kathy, sumaron su ayuda junto con mis otros hijos y nietos, que me permitieron compartir muchas de sus propias experiencias.

Contenido



1. Los hijos: buenos, malos o indiferentes	9
2. Es menester conocer al hijo.....	19
3. Por qué sus hijos actúan así	23
4. Doce combinaciones del temperamento infantil	39
5. La época de los pañales y de los creyones	61
6. La caja de arena, las rodillas magulladas y los días de escuela.....	93
7. Las tablas de multiplicar, los patines y los deseos de acicalarse	103
8. Los terribles y tiernos años	115
9. Una enseñanza que abarca al niño integral	141
10. La disciplina no es solamente castigo.....	163
11. Coseche las recompensas del amor.....	179

1

LOS HIJOS: BUENOS, MALOS O INDIFERENTES

Mi hija de seis años de edad estaba parada frente al espejo del dormitorio mientras yo permanecía en el pasillo sin ser vista, observándola desde la puerta. Se acababa de poner uno de mis mejores vestidos, un par de zapatos de tacones altos y, en ese momento, se estaba poniendo mis guantes. Permanecí fuera del alcance de su vista para poder observar la escena. Tomando el lápiz de labios con los guantes blancos que ya tenía puestos, intentó untar un poco de color en sus labios. Luego alzó el cepillo para acomodarse el cabello y, finalmente, cuando se disponía a destapar mi costoso perfume francés, entré silenciosamente en la habitación. Le dije:

—¡Vaya... qué guapa te ves! ¿Cómo te llamas? —me resultaba difícil mantener la cara seria mientras me miraba, porque se había dibujado unos labios rojos, disparejos y enormes, que la hacían parecer más a un payaso que a la dama que pretendía ser. Me respondió sorprendida:

—¡Tú me conoces! Soy Lori, mamá... quiero ser igual a ti.

Se me contuvo la respiración y se me hizo un nudo en la garganta al darme cuenta de que la criatura estaba tratando de ser un duplicado

mío. ¡Qué responsabilidad! ¡Cuánto amor y encanto manifestaba! ¡Qué indescriptible privilegio tener una hija que admire tanto a su madre que quiera ser como ella!

Dios nos ha dado a nosotros, los padres, la enorme responsabilidad de amar, proteger, entrenar y disciplinar a nuestros hijos. El Salmo 127.3-4 nos dice: «Los hijos son una herencia del Señor, los frutos del vientre son una recompensa. Como flechas en las manos del guerrero son los hijos de la juventud».

La saeta debe ser dirigida correctamente para alcanzar su objetivo. Además, la flecha necesita del arco para combinar su fuerza y su poder. Cuando observo a una persona que posee habilidad en el manejo del arco y de la flecha, advierto de inmediato cómo sujeta el arco, doblándolo en una posición adecuada como para poder dirigir la flecha correctamente. Cuanto más flexible sea el arco, más lejos llegará la flecha. Esta es una hermosa figura visual que ilustra la necesidad de que los padres tengan a sus hijos en sujeción y apunten cuidadosamente para dirigirlos a la meta.

1. La tendencia al mal

La naturaleza de las criaturas es ambivalente, el Salmo 51.5 nos da la primera de las características: «Yo sé que soy malo de nacimiento; pecador me concibió mi madre». Esto significa simplemente que mi madre, que me concibió, era pecadora; no que viviera en pecado. Nació con una naturaleza pecaminosa. Por lo tanto, yo también nací con una naturaleza pecaminosa. Cuando se abandona a una criatura a su propia naturaleza y no se le da instrucción ni corrección, sus padres pueden esperar que los resultados sean los que menciona Proverbios 29.15: «La vara de la disciplina imparte sabiduría, pero el hijo malcriado avergüenza a su madre». Una criatura que no se desvía de la naturaleza original con que nació, traerá vergüenza tanto a su madre como a su padre. «El hijo necio irrita a su padre, y causa amargura a su madre» (Proverbios 17.25).

Me temo que la mayoría de las veces lo más que hacemos es aguantar a nuestros hijos durante los 18 o 19 años que nos corresponde

tenerlos bajo nuestro cuidado. Hay graves peligros por delante para los hijos a los que se les permitió simplemente crecer, sin darles ninguna corrección o disciplina. Toda criatura tiene la potencialidad suficiente como para llegar a ser un delincuente y un criminal cuando se deja que tome su propio camino sin ninguna instrucción o corrección.

2. La inclinación al bien

El Salmo 139.13-16 expresa: «Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre. ¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien! Mis huesos no te fueron desconocidos cuando en lo más recóndito era yo formado, cuando en lo más profundo de la tierra era yo entretejido. Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos».

Dios supervisó la construcción o edificación de nuestro cuerpo y se ocupó de que fuera cuidadosamente entretejido y formado. Fuimos diseñados por Dios. Aun antes de que naciéramos, Dios tomó la precaución de enumerar nuestros miembros y todo aquello que proyectó para nosotros en el libro de la vida. Fue en ese momento, antes de nacer, que se fijaron las características de nuestro temperamento. Dios sabía lo que quería que fuéramos y tenía un plan para nuestra vida.

Sin embargo, nos dio una voluntad para elegir libremente entre el bien y el mal; de modo que la criatura a la que no se ejercita para elegir el bien, inevitablemente optará por el mal. Dios conocía cuál iba a ser la inclinación de nuestra naturaleza y nos dio muchos pasajes en la Biblia para que nos instruyéramos en relación al bien y al mal. Romanos 12.9 establece: «Aborrezcan el mal; aférranse al bien». Y en el versículo 21 señala: «No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien».

La inclinación al mal que existe en su hijo puede estar relacionada con las debilidades de su temperamento, mientras que su deseo por el bien demuestra la fortaleza de su temperamento. Al padre le es de

mucha ayuda comprender que es natural que su hijo posea una inclinación hacia el mal. Esa criatura no está simplemente actuando con obstinación y rebeldía, sino que está siguiendo su propensión natural a conocer y experimentar el mal. Dentro de sí se desarrolla un conflicto puesto que no ha sido aún despertado ni alertado interiormente en cuanto a los valores espirituales.

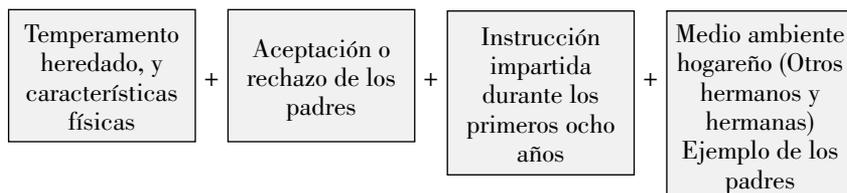
Ha nacido con fuertes deseos egoístas y solo piensa en sus propias exigencias. Cuando se le niega lo que quiere, reacciona con ira y arranques de furia. ¿Se imaginan lo que sería un adolescente o un adulto si se le dejara a merced de esos impulsos egocéntricos naturales? El padre que entiende esas tendencias naturales estará más dispuesto a guiar a su hijo a Cristo y enseñarle a aborrecer el mal así como también a desear el bien en la vida. Demasiado pocos son los padres que parecen comprender el tremendo impacto que su negligencia o su poca instrucción pueden tener en los primeros ocho años de la vida de sus hijos.

Mi esposo usa el cuadro de la página 13 en uno de los cursos que enseña en el departamento de Psicología Bíblica del «Christian Heritage College». Ahí nos muestra que las áreas en el desarrollo de la criatura capaces de afectar el 80% de la capacidad intelectual y del carácter del niño, ya están fijadas a la edad de ocho años.

Los padres deben establecer metas en cada una de esas áreas de desarrollo. Las primeras chispas de interés por actuar correctamente deben ser alimentadas, resguardadas y entrenadas. ¡Qué hermoso es escuchar a una criatura, que apenas puede balbucear una frase, repetir: «Dios es amor» o «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero»! Si a esta plantita no se le cuida y no se le riega, se secará y se morirá. Los niños no esperan hasta que el horario de los padres sea más conveniente. Todo el entrenamiento debe hacerse mientras son pequeños, tiernos y maleables, porque los hijos no esperan.

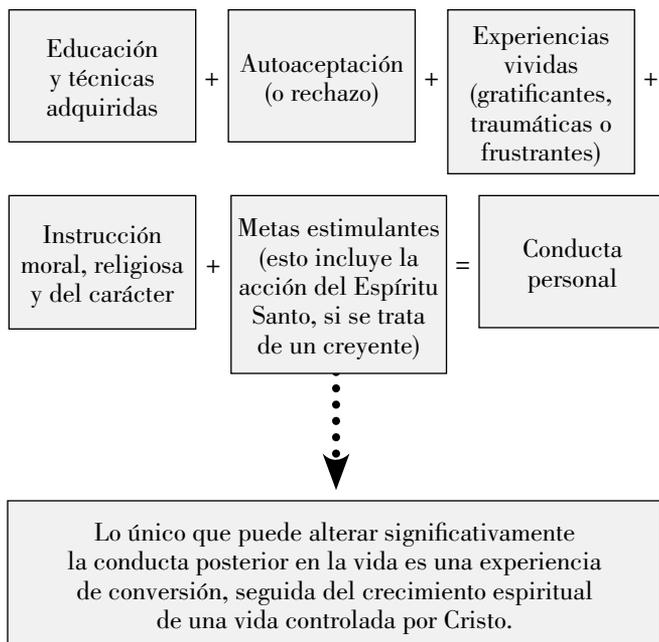
Lo que implica criar un hijo

Los primeros ocho años de vida



Aproximadamente el 80%
+ la capacidad del intelecto
y del carácter

El resto de los años



Los hijos no esperan

Hay un tiempo para anticipar la llegada del bebé,
un tiempo para consultar al médico;

Un tiempo para hacer dieta, ejercicios;
y un tiempo para preparar el ajuar.

Hay un tiempo para maravillarse en los caminos de Dios,
Sabiendo que este es el destino para el cual fui preparada.

Un tiempo para soñar lo que será este niño cuando crezca,

Un tiempo para pedirle a Dios que me enseñe
a criar al hijo que llevo en mis entrañas.

Un tiempo para preparar mi alma a fin de alimentar
la suya.

Pues muy pronto llega el día en que nacerá,

Porque los hijos no esperan.



Hay un tiempo para alimentarlo durante la noche,
para los cólicos y los biberones.

Hay un tiempo para mecerlo y un tiempo para pasearlo
por la habitación.

Un tiempo para ejercer la paciencia y la abnegación,

Un tiempo para mostrarle que su nuevo mundo
es un mundo de amor, de bondad y de dependencia.

Hay un tiempo para maravillarme de lo que él es,
ni mascota ni juguete, sino una persona,
un individuo, un ser creado a imagen de Dios.

Hay un tiempo para reflexionar acerca de mi mayordomía.

Para saber que no puedo poseerlo.

Que no es mío; que he sido elegida para cuidar de él,
para amarlo, disfrutar de él, edificarlo y responder
ante Dios por él.

He resuelto hacer lo máximo a mi alcance,

Porque los hijos no esperan.



Hay un tiempo para tenerlo entre mis brazos
y contarle la historia más hermosa que jamás haya oído.
Un tiempo para mostrarle a Dios en la tierra, en el cielo
y en la flor; para enseñarle a maravillarse y sentir asombro.
Hay un tiempo para dejar a un lado los platos sucios
y llevarlo al parque a columpiarse.
Para correr con él una carrera, hacerle un dibujo,
atrapar una mariposa y tener compañerismo lleno
de alegría con él.
Hay un tiempo para enseñarle el camino y enseñarle
a orar con sus labios de niño,
Enseñarle a amar la Palabra de Dios y el día de Dios,



Porque los hijos no esperan.
Hay un tiempo para cantar en vez de renegar,
sonreír en vez de fruncir el ceño,
Para secar lágrimas y reírse de los platos rotos.
Un tiempo para compartir con él mis mejores actitudes,
mi amor por la vida, mi amor por Dios, mi amor por los míos.
Hay un tiempo para contestar a sus preguntas,
a todas sus preguntas,
Porque quizá vendrá el momento en que no querrá
escuchar mis respuestas.
Hay un tiempo para enseñarle muy pacientemente a obedecer,
a poner en su lugar los juguetes.
Hay un tiempo para mostrarle lo hermoso del deber cumplido,
de adquirir el hábito de leer la Biblia, de gozarse
en la comunión y adoración en medio de los suyos.
De conocer la paz que viene por la oración.
Porque los hijos no esperan.



Hay un tiempo para verlo partir valientemente a la escuela
y extrañar su manera de estar siempre alrededor mío.

Para saber que hay otros que atraen su interés,
pero saber también que estaré allí para responder
a su llamado cuando vuelva de la escuela.

Para escuchar con interés sus descripciones de lo
acontecido en ese día.

Hay un tiempo para enseñarle a ser independiente,
a tener responsabilidad, autodisciplina,

Para ser firme pero afectuosa, para saber disciplinarlo
con amor.

Porque pronto llegará el momento de dejarlo partir
y de soltar los lazos que lo sujetan a mi falda.

Porque los hijos no esperan.



Hay un tiempo para atesorar cada instante fugaz de su niñez,
Solo dieciocho preciosos años para inspirarlo y prepararlo.

No voy a cambiar este derecho natural por ese
«plato de lentejas» llamado posición social
o reputación profesional ni por un cheque de sueldo.

Una hora de dedicación hoy podrá salvar años
de dolor mañana.

La casa puede esperar, los platos pueden esperar,
la pieza nueva puede esperar,

Pero los hijos no esperan.



Llegará el momento en que ya no habrá más puertas
que se batan, ni juguetes en la escalera,
ni peleas entre ellos, ni marcas en las paredes.

Entonces podré mirar atrás con gozo y no con pesar,
Será el tiempo de concentrarme en un servicio fuera
de mi hogar.

De visitar a los enfermos, a los que han perdido a sus seres
queridos, a los desanimados, a los que no tienen instrucción.

Para entonces dar mis servicios a «los más pequeñitos».

Habrà un tiempo para mirar atrás y saber que estos años
de ser madre no se desperdiciaron.

Pido a Dios que llegue el momento en que pueda ver
a mi hijo hecho un hombre íntegro y recto, amando a Dios
y sirviendo a los demás.

Dios mío, dame la sabiduría para saber que hoy es el día
de mis hijos.

No existen los momentos de poca importancia en sus vidas.

Que sepa comprender que no hay carrera mejor,

Ni trabajo más remunerador,

Ni tarea más urgente.

Que yo no postergue ni descuide esta labor,

Que pueda aceptarla con gozo, y que con la ayuda

del Espíritu, y por tu gracia, me dé cuenta de

Que el tiempo es breve y que el mío es hoy,

Porque los hijos no esperan.

Helen M. Young

(Usado con permiso)

